

Entrevista a Alberto González Pozo

Cátedra Extraordinaria Federico Mariscal 2021

Elisa Drago

El arquitecto Alberto González Pozo fue galardonado con la cátedra Extraordinaria Federico Mariscal, que cada año elige a profesionales de la arquitectura en México, para dictar una serie de 10 sesiones sobre su trayectoria personal y profesional. Además de las charlas, se presentó una exposición inaugurada en la galería María Luisa Dehesa Farías. Esta entrevista es parte de las actividades de esta cátedra, en la cual Elisa Drago platica con González Pozo repasando su trayectoria profesional y experiencias al trabajar con otros arquitectos como Abraham Zabludovsky, Enrique de la Mora, Fernando López Carmona, entre otros, abordando también su aprendizaje de viajes, sus primeros proyectos, así como su labor editorial y de difusión de la arquitectura.

Elisa Drago (ED): ¿Qué significa para usted que se le haya distinguido con la Cátedra Extraordinaria Federico Mariscal?

Alberto González Pozo (AGP): El maestro Mariscal fue uno de mis grandes maestros en la FA y yo lo estimaba mucho. Me siento muy contento de estar en un evento que recuerda su nombre.

ED: Pongamos una situación: dentro de cincuenta años, un investigador se encontrará frente al personaje Alberto González Pozo, ¿qué es lo que usted quiere que se sepa de él?

AGP: Quiero que me recuerden como un profesionista que se interesó por muchos temas; tal vez como una gente un poco dispersa al tratar de abarcar demasiadas cosas al mismo tiempo.

Eso me mereció la recomendación de Teodoro González de León cuando estaba por lanzarme para presidente del Colegio de México. Me dijo: "Oye, Alberto, no te disperses. ¡Concéntrate!". Yo entendí que él quería que yo me concentrara sólo en ser un clásico arquitecto, pero yo estaba involucrado en varias cosas al mismo tiempo. Ésa es una de mis características: si quiero que me recuerden es porque fui multifacético. Me gustaba abarcar varios campos de la arquitectura y siempre hacía las cosas en equipo, formando parte de, asociándome con otros o encabezando grupos. Raras veces estuve yo solo. También es una característica mía: me gustaba trabajar con todos y lo aceptaba como una forma natural. Uno no lo sabe todo. Obtenía virtudes de otras personas, sobre todo virtudes de tipo social; al principio era bastante reservado y tímido, cauteloso. Ese carácter me permitió estar con otras personas y así lograr muchas cosas.

ED: ¿Cuáles fueron sus inicios en la vida profesional como arquitecto?

AGP: Comencé a trabajar en el despacho de Salvador Ortega en Condominio S.A., que era la compañía que Mario Pani instaló como un apéndice de su despacho. Pani tenía en su despacho a sus dibujantes propios. Cuando hizo su primer condominio, decidió fundar una compañía, vio que era buen negocio y consiguió accionistas. Se asoció con Salvador Ortega y así nació Condominio S.A., que nada más se dedicaba a vivienda colectiva y condominios. Así como hicieron el de Reforma, hicieron otro enfrente, que sí me tocó ver cómo lo proyectaban. También participé en Los Cocos, de Acapulco. Hubo varios que se quedaron en anteproyecto.

Yo estaba en el tercer año de la carrera y tenía que buscar el modo de solventar mis gastos personales. Mis padres me apoyaban con casa, alimento y ropa, pero lo demás, mis libros y

arquitectura participativa · Alberto González Pozo · difusión de la arquitectura · México moderno

materiales, además de gastos personales, los tenía que solventar yo. Los primeros dos años de la carrera buscaba recursos entrando a concursos: pintura juvenil u oratoria. Luego empecé a trabajar con unos ingenieros que hacían proyectos para Pemex principalmente. La paga no bastaba y me enteré, por una amiga, que el arq. Salvador Ortega buscaba dibujantes. Después entré a trabajar con Abraham Zabludovsky, que me tenía mucha confianza. Me encargaba prácticamente todos los anteproyectos importantes que él consideraba, mismos que yo debía elaborar porque era casi el único que hacía eso. Llegamos a tener una diferencia salarial: me propuso pagarme menos, le dije que no y me fui. No me peleé con él, pero le dije que no, que muchas gracias. Había aprendido bastante con él. Casi una semana después, un amigo mío que trabajaba en ese momento con el arquitecto De la Mora, mi compañero de generación Alberto Arouesty, quien se dedicó a la pintura, me dijo: “Déjame hablar con él. A ver si te consigo un lugar para ti”. Y sí, de inmediato me avisó: “Oye, pues dice que sí, que te presentes para ver si te puede dar algo”.

ED: ¿Y cómo fue su experiencia en el despacho de Enrique de la Mora?

AGP: Yo entré a trabajar con él cuando me quedé sin chamba en el último año de la carrera, me parece. Era el año de hacer la tesis, a mediados de 1957.

Para mi amigo Alberto Arouesty y para mí –como para otros jóvenes de nuestra edad–, significó una especie de bachillerato de humanidades, paralelo a la carrera profesional que habíamos estudiado. Se trataba de una tertulia a la que estuve asistiendo desde 1953 hasta la época en que murió el arquitecto De la Mora. Poco después, murió una amiga de Tatiana, su esposa, arquitectas las dos: Zita Basch de Canesi.

Ya cuando trabajaba con él, me di cuenta de que una vez al año hacía una visita a alguna de sus obras. Invitaba a amigas suyas –una era Zita Canesi; la otra, creo, Ruth Rivera– y luego se iban a comer. Yo tenía años de acudir a su tertulia y eso también intercedió a mi favor. Al principio nos puso a competir entre los dos, mi amigo Alberto y yo, en los mismos proyectos. Una vez nos encargó dos versiones, una elaborada por mi amigo y otra elaborada por mí, de un edificio que nunca se hizo, destinado a la Cámara de Comercio de la Ciudad de México en Reforma, ahí junto al *Excelsior*, sobre Reforma. Era una casa antigua y la idea era tirarla. Yo en ese momento no tenía ni la más mínima conciencia de la conservación de patrimonio, debo confesarlo.

Yo había estudiado para hacer arquitectura del México de los años 50; el México moderno, que se estaba abriendo totalmente al movimiento moderno, pero también ya tenía mis propios gustos y ambiciones. Entonces, me acuerdo que hicimos dos fachadas distintas, pero yo hice una en donde, los principales –vamos a decir– elementos de la ventanera era una trama de diagonales, como de rombos que llegaba hasta el suelo, pero no era la estructura, era nada más la pura herrería... como que no, no tenía yo conocimiento para intentar una cosa estructural.

ED: ¿Una exoestructura con rombos estructurales como el edificio Paseo?

AGP: El edificio Paseo fue un concurso que se ganó en el despacho de Enrique de la Mora. Yo elaboré el anteproyecto. No era solamente el edificio que hay ahora y que ocupa ese terreno. Propusimos un proyecto del doble de ancho y comprar toda la cabecera de la manzana, Yo ya había regresado de Europa y ya habíamos terminado el edificio para Seguros Monterrey. Hubo un lapso, siempre era normal que los clientes se la pensarán un poco. En este caso, yo creo que no pudieron comprar todo el terreno que se necesitaba y adquirieron sólo la mitad del terreno. Volvieron a llamar al arquitecto para que entonces hiciera la mitad de la propuesta que habíamos ganado en el concurso. Ya para entonces yo tenía cierto trabajo en mi propio despacho y el arquitecto llamó a otras personas para desarrollar el proyecto ejecutivo. Esto para mí fue el aviso de que ya mi tiempo con De la Mora se estaba terminando, porque, pues, yo no podía discutirle que él asignara lo que quisiera de trabajo a otros, porque al final se los habían encargado a él.

ED: Al mismo tiempo que entró al despacho de De la Mora, ¿usted ya estaba elaborando su tesis de licenciatura?

AGP: En las circunstancias de mi entrada al despacho, yo estaba terminando la carrera en esa época. Prácticamente ya estaba haciendo mi tesis, que fue una combinación de lo urbanístico y lo arquitectónico al mismo tiempo. En aquella época, si uno no elaboraba un proyecto arquitectónico, podía proponer las ideas urbanísticas de un lugar y había que hacer también el proyecto de edificios. La tesis la realicé junto con Alberto Arouesty. Yo propuse el tema por una persona que me conocía, su padre, que era un alto funcionario de Petróleos Mexicanos. El ingeniero Fernández le dijo a mi amiga, que era secretaria de una constructora que a veces me pedía anteproyectos de casas habitación, que si quería me podían dar una beca de servicio social en Pemex para que pudiera hacer el trabajo de campo y proponer una tesis de corte humanista en las zonas petroleras del país. Visité Poza Rica, Minatitlán, Coatzacoalcos y en ese momento escogí el tema de un pequeño enclave petrolero que había en el municipio de Macuspana, que es la tierra de López Obrador, en Tabasco, que se llama Ciudad Pemex.

Cuando terminamos, el arquitecto De la Mora no estaba en México, si no lo hubiéramos invitado al jurado. Creo que estaba en ese momento en Madrid, en una visita a España, al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe que ya se estaba levantando. Invitamos a López Carmona, que ya se había separado de De la Mora como uno de los nuestros. Me recibí y seguí trabajando ya con más confianza en su despacho, que estaba en el último nivel del entonces Banco de México, en Bolívar y avenida 16 de Septiembre, construido por Miguel Ángel de Quevedo.

ED: Y le agregaron dos pisos

AGP: Y le agregaron: esos se los agregó De la Mora.

ED: Muy de la época agregar pisos a estructuras de los siglos anteriores.

AGP: Siguiendo el estilo de la época... pero no se percibe que haya un agregado de dos pisos, para alguien que no se da cuenta, eso era otro agregado más que no llegaba a la fachada, estaba en la azotea, de plano. Hasta allí llegaba en elevador. En esa época (1957), toda la vida económica importante de la Ciudad de México, toda, estaba en el Centro: los bancos, las oficinas de los profesionales, los consultores. Y si no estaban en el Centro, estaban muy cerca: la colonia Roma o la colonia Cuauhtémoc, por ahí alrededor, no había muchos que se fueran más lejos. Para él era una gran ventaja, porque conservó a muchos de sus clientes, amigos y consultores. El arquitecto De la Mora era una persona afable, simpática, muy ocurrente, muy sarcástico; a veces podía ser cruel, pero con amabilidad.

Y después, a mediodía, él salía y se tomaba un aperitivo o iba al Hotel Ritz, donde había un restaurante. Ahí comía, regresaba en la tarde a seguir trabajando otro rato y ya se iba a su casa. Él no tuvo auto, era como mi papá. Mi papá usaba transporte público y el arquitecto De la Mora usaba taxis. Tenía un servicio de taxis muy eficiente; ya lo conocían tanto en San Ángel, en donde vivía, al igual que en el Centro. No perdía tanto tiempo, como ahora se pierde en transporte de un lado al otro, o manejando uno mismo yendo y buscando estacionamiento. Sus consultores principales, el doctor Zeevaert, por ejemplo, estaban ahí mismo, en Isabel la Católica. Uno de sus principales clientes era el mismo Banco de México cuyo director, en ese momento, era nada más y nada menos que el que había sido fundador del PAN, Manuel Gómez Morín. Nunca hable con él ni nada, pero yo sabía perfectamente quién era, y sí era muy amigo del arquitecto De la Mora, porque hasta le hizo su casa. De ahí que tuviera mucha obra religiosa, también. Cuando entré, ya estaba en obra negra la Capilla de la Soledad de San José del Altíllio, el templo de San José Obrero en Monterrey. Ya se había terminado el Piso de Remates de la Bolsa Mexicana de Valores y a San Antonio de las Huertas ya se le habían levantado dos bóvedas. Le faltaba la tercera, y sobre todo, faltaba la fachada que

nunca se terminó. Es realmente un contraste entre el exterior y el interior. Es un interior que no se merece el exterior que tiene

ED: Se mezclaron claro. ¿Y cómo era la vida en el despacho?

AGP: Cuando yo entré, había varios arquitectos mayores que yo, entre ellos Fernando López Carmona, que era a quien le encargaban las cosas más importantes. El también se ocupaba de adiestrar a los novatos como yo, para que, si iban a incorporarse a proyectos complejos, donde él hacía las cubiertas, cubiertas de cascarón o estructuras un poco difíciles, pues entonces él le entraba al quite. Entonces nos veía: "A ver, ¿ya sabes cómo hacer esto?". Nos guiaba, realmente con mucha generosidad. Todo lo que sé de manejo de paraboloides hiperbólicos lo aprendí él, de Fernando. Me reveló los secretos de cómo hay que hacerle para combinar un volumen con otro, para las intersecciones; me mostró cómo trabajan estructuralmente.

El despacho era el equivalente a un taller normal de esa época. De modo que –digamos– cuando yo estuve con Zabludovsky, como yo era el único, pues yo mismo era el jefe y el chambero del taller. Uno de los primeros proyectos que ayudé a desarrollar, bajo la guía de De la Mora, fue la sede de la Cruz Roja en Monterrey.

ED: Platíqueme de su experiencia en Europa.

AGP: Finalmente, me recibí y seguí trabajando en el despacho de De la Mora de tiempo completo. Se me ocurrió, puesto que había estudiado en el Colegio Alemán, solicitar una beca para Alemania. Me fui poco más de un año, cuando terminé lo que tenía que hacer aquí como estudiante. Yo considero esos estudios de perfeccionamiento, por que tomé las materias que quise. Dado que todavía no había maestrías, lo que hice fue revisar la lista de universidades y sus docentes; solamente encontré uno conocido: Ernst Neufert. Así me fui a la Escuela Técnica Superior de Daughton, en Alemania, que está a 40 km de Fráncfort.

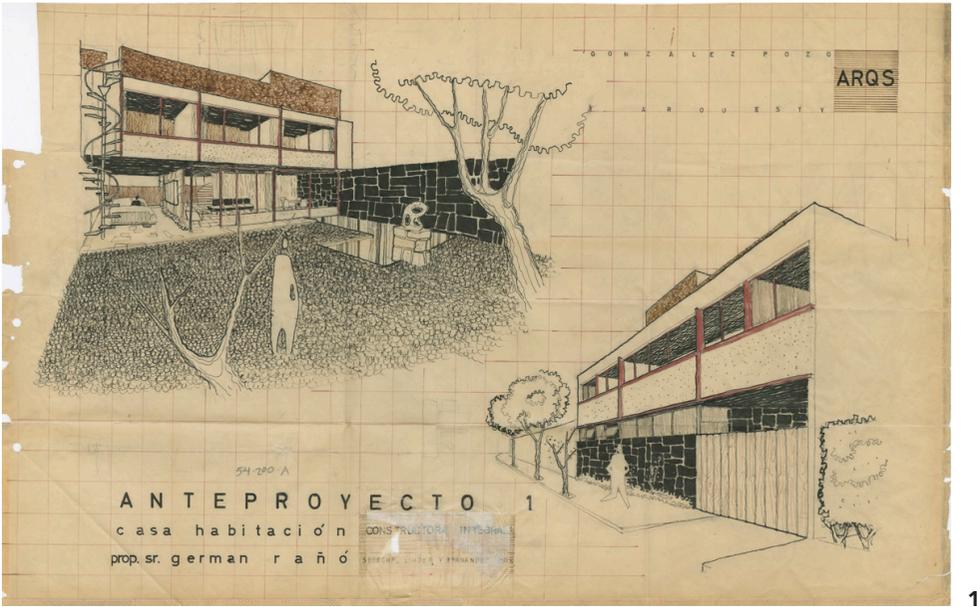
Estando en Alemania también trabajé, aunque no tenía permiso para hacerlo. Eso me permitió viajar, pues se estaba terminando mi beca y yo quería seguir conociendo más de Europa. Hice un viaje a Escandinavia precioso; conocí Suecia, Noruega y Dinamarca. Eran viajes organizados por los propios estudiantes en grupos de 20 o 30 personas; también hicimos uno de tres semanas a Grecia y Turquía.

Con el arquitecto que estuve trabajando en Alemania hice unos 10 o 12 anteproyectos. Me invitó a formalizar y tramitar mi estancia legal para quedarme a trabajar con él en Alemania. Y ahí decidí regresar a México.

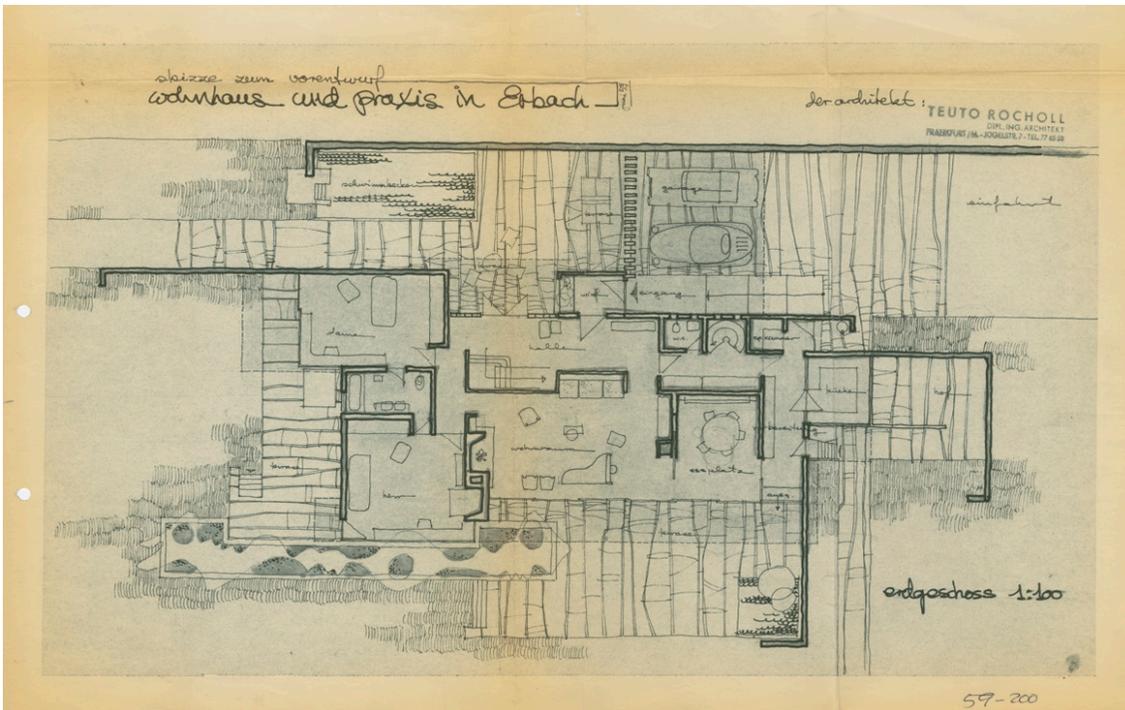
ED: ¿Regresó al despacho de Enrique de la Mora?

AGP: Cuando regresé, le pedí de nuevo trabajo, porque llegué sin un centavo, sin nada con que mantenerme yo. Seguía todavía viviendo con mis padres y pues no, ya quería independizarme. El arquitecto De la Mora no solamente me dio trabajo, puso mi escritorio junto a la puerta de su despacho, esto significaba que quería tenerme muy de cerca para lo que se le ocurriera. Fernando López Carmona ya había dejado el despacho y, de alguna manera, entré a sustituirlo como jefe de taller. Los últimos trabajos en los que ellos colaboraron, antes de que yo entrara, fue una serie de anteproyectos, como seis o siete, para la compañía de Seguros Monterrey y su sede en Mazaryk. Uno de ellos, por cierto, un hiperboloide de revolución muy esbelto, precioso, que López Carmona desarrolló con Candela. Se trataba de un núcleo central que iba a tener todas las instalaciones e iba ayudar a soportar el edificio; de lo más alto colgaría una estructura por fuera, a base de diagonales tensadas que se cruzaban y le daban sentido al hiperboloide de revolución. Era una torre tan bonita y esbelta que la parte central tenía muy poca área rentable. Esa era su debilidad.

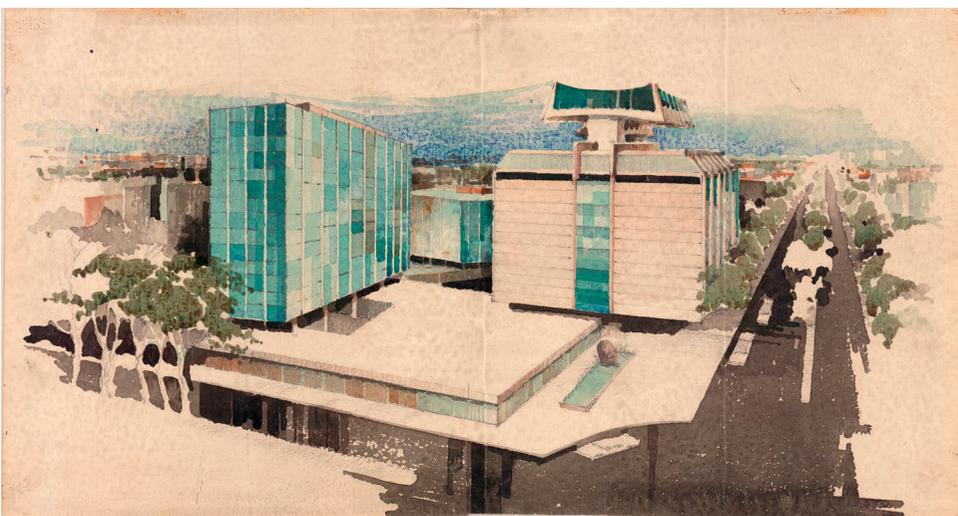
Yo llegué en diciembre de 1959 y, en los primeros meses de 1960, llegó un día el arquitecto De la Mora y me dice: "Acabo de desayunar en Sanborns con el Dr. Zeevaert y me dijo que se puede



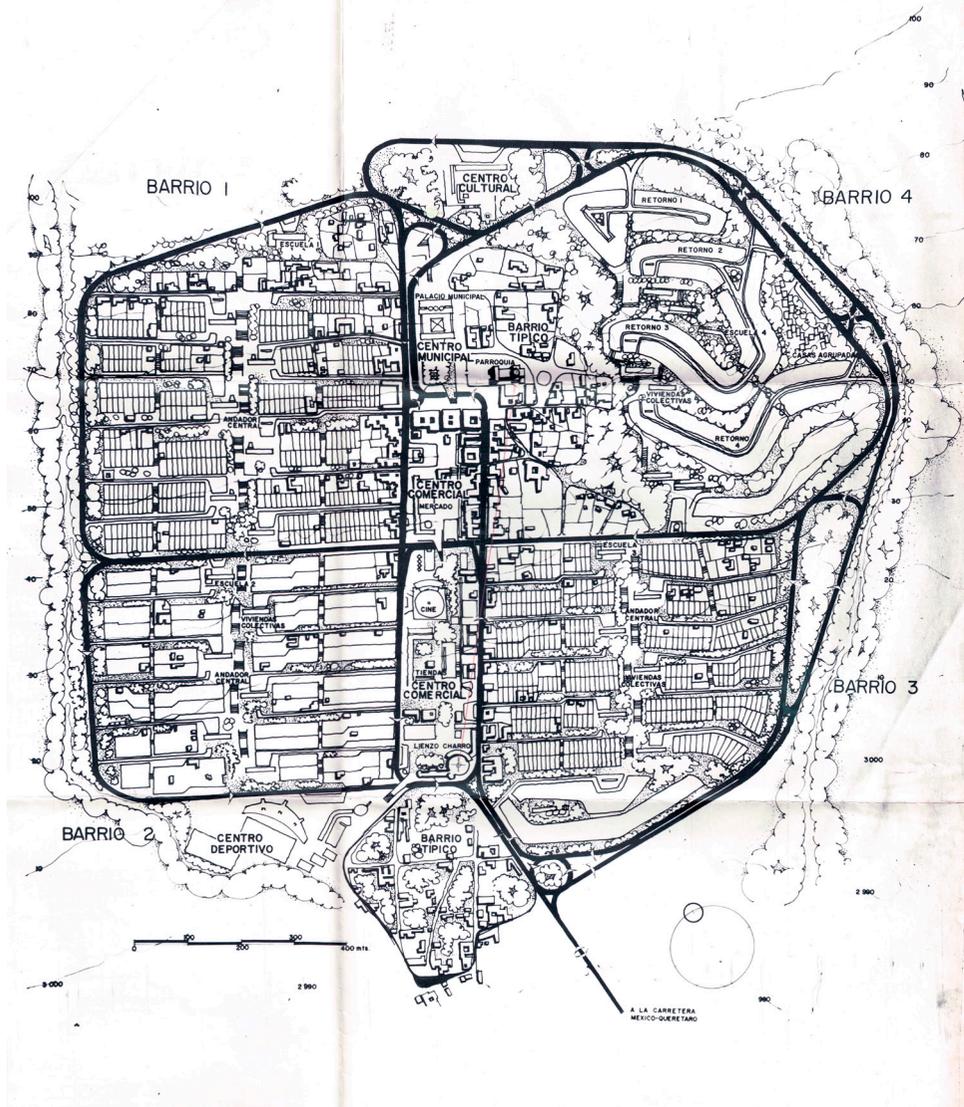
1



2



3



4

1 Anteproyecto Casa Germán Rañó para Constructora Integral. Proyecto de Alberto González Pozo y Alberto Arouesty. 1954. Fondo Alberto González Pozo, Archivo de Arquitectos Mexicanos, Facultad de Arquitectura, UNAM. (AGP/AAM/FA/UNAM).

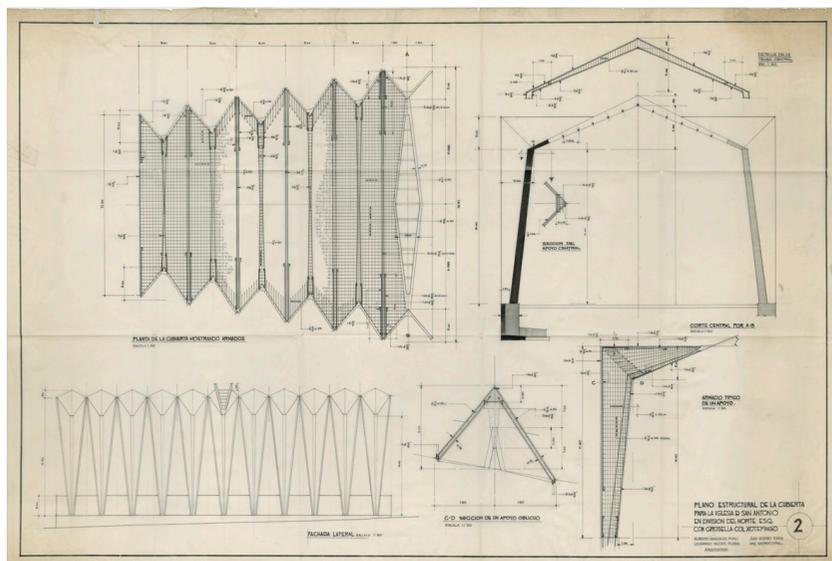
2 Wohnhaus und Prax in Erbach. Anteproyecto para el despacho de Teuto Rocholl. 1959. Frankfurt. (AGP/AAM/FA/UNAM).

3 Seguros Monterrey, Ciudad de México. Enrique de la Mora y Palomar, 1960. (EDLM/AAM/FA/UNAM).

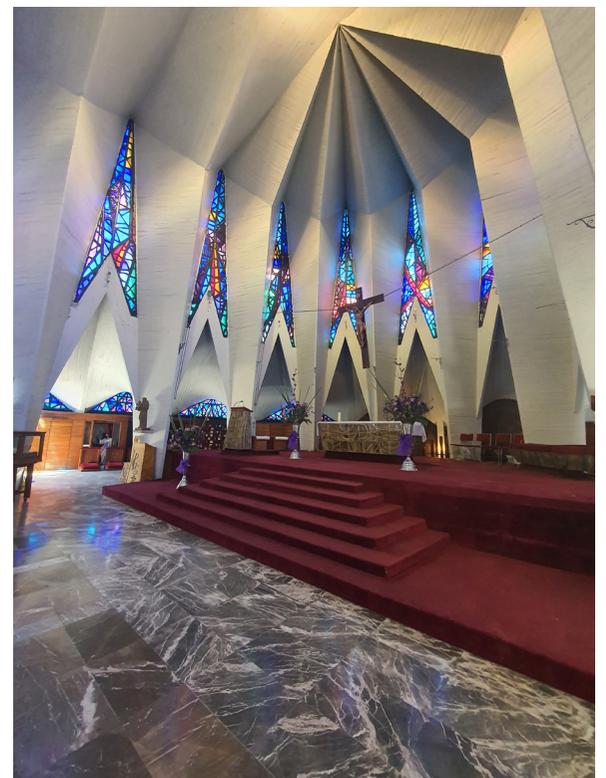
4 Complejo Industrial Pastejé. Anteproyecto de zonificación. Enrique de la Mora y Palomar y Alberto González Pozo. 1966. (AGP/AAM/FA/UNAM).

5 Detalle constructivo iglesia de San Antonio de Padua, Xotepingo, Ciudad de México. Alberto González Pozo, Leonardo Vilchis y Juan Antonio Tonda. (AGP/AAM/FA/UNAM).

6 Interior iglesia de San Antonio de Padua, Xotepingo. 2022. Fotografía Elisa Drago.



5



6



7



8

7 Alberto González Pozo, Sr. Venancio y Juan Ignacio del Cueto en Xochimilco. 2021. Fotografía Elisa Drago.

8 Ceremonia de firma y recepción formal del Fondo Documental de Alberto González Pozo al Archivo de Arquitectos Mexicanos. Con el entonces director de la Facultad de Arquitectura, Marcos Mazari. Testigos: Rodolfo Santamaría y Louise Noelle Gras. Diciembre de 2019. Fotografía Elisa Drago.

construir un edificio así y asado". Me mostró un papelito, unas servilletas con unos cuantos bocetos sencillos que le había explicado el principio de un edificio en donde la estructura colgaba por fuera.

"Y bueno, necesita unos apoyos centrales y una cimentación y unas traveses ahí arriba". Y continúa: "Dice el doctor Zeevaert que se puede hacer, ¿usted qué piensa?". Entonces yo me quede viendo el croquis, me volteé con él y le dije: "Pues si el doctor Zeevaert dice que se puede hacer es que sí se puede hacer". Así nació la idea para el edificio que se convertiría en Seguros Monterrey. Me soltó, entonces, el anteproyecto y me encargó el desarrollo del proyecto ejecutivo, pero también la supervisión de obra.

Cuando terminamos las láminas de presentación del anteproyecto, el arquitecto De la Mora me invitó a acompañarlo a presentar dicho trabajo ante los principales inversionistas. Uno de ellos era don Antonio Rodríguez, que contaba entre los empresarios más famosos, en aquella época, de grupo Monterrey. Eran los dueños de la compañía junto con Losada. Antonio Rodríguez tenía una oficina que estaba en el edificio de la Bolsa de Valores de México y ahí conocí la bóveda por arista que tenía poco de haber sido terminada. Además, era ya cliente de De la Mora: le había encargado en el pasado otras obras en Monterrey, entre ellas la Iglesia de la Purísima.

Había que hacer los planos arquitectónicos definitivos, el levantamiento del terreno, los niveles, todo muy detallado. Empecé a actuar como jefe de taller y a delegar el trabajo entre los dibujantes. Después de esa experiencia, con la confianza que me gané, le ayudé con el Complejo Industrial Pastejé. Ya era el año de 1963.

ED: ¿Se trata de otro proyecto importante que tuvo, entonces, en el despacho de De la Mora?

AGP: Llamó un día Alejo Peralta, que ya había empezado a hacer un complejo industrial que le había pedido a Reynaldo Pérez Rayón. Se conocían porque ya se había terminado la Ciudad Politécnica en Zacatenco, del cual Alejo Peralta fue rector. Pérez Rayón había hecho un primer proyecto de conjunto para Pastejé, pero a Peralta, como era un empresario con mucha visión, no le convencía del todo. Por eso buscó a De la Mora; le mostró una inversión que había hecho en la adquisición de un terreno gigantesco de más de mil hectáreas, que era la ex hacienda de Pastejé. Se la había comprado a precio regalado a Carlos Arruza.

ED: ¿Se tenía en mente una ciudad industrial?

AGP: Sí, una cosa así... entonces, pues, como que necesitaba algo para justificar mejor esa parte, para

que no se la expropiaran. En ese proyecto había unas naves igualitas, alineaditas, en una fila como de cinco o seis. Luego, al fondo, se veía una pista aérea para llegar en avioneta.

El arquitecto De la Mora me dijo: “A ver, usted, vea qué podemos hacer”. Yo le propuse una especie de circuito alrededor de un conjunto de ocho naves distintas, no podían ser iguales, ya que ninguna de sus fábricas, por la maquinaria y las funciones, lo era. Corría el año de 1963 e íbamos de visita a conocer la hacienda, el casco y la zona. Llegamos a un acuerdo de pago por iguala, con un sueldo fijo para el arq. De la Mora y para mí, además de cubrir los gastos del despacho, para ir avanzando de acuerdo a lo que nos solicitaban y adecuándonos a los tiempos de Peralta.

Casi todas las industrias de México que se hacían en esa época no necesitaban grandes proyectos, eran naves industriales básicas con techumbres de diente de sierra o, a lo mucho, con paraguas. Aunque nosotros sí le agregamos a cada nave un edificio frontal con las oficinas, con los servicios, con el control de calidad... una serie de cosas. Entonces hice el trabajo de visitar cada una de sus industrias para darme cuenta de cuál era el proceso de producción, cuáles las etapas del proceso y donde entraba la materia prima; qué hacían con ella, qué etapas pasaba; dónde llevar a cabo los controles de calidad y las pruebas; dónde había maquinaria más pesada que otra, hasta que salía el producto; dónde lo almacenaban y cómo se distribuía.

En las zonas circundantes de Pastejé había unos diez poblados rurales. Yo le pedí permiso para no solamente visitar sus fábricas, sino para explorar la región entera con ayuda de una trabajadora social. Así, propusimos, en una presentación de avances del proyecto, cómo iba a ser el núcleo industrial base junto con una propuesta de crecimiento.

Había un problema muy interesante que se necesitaba tomar en cuenta. Muchos de los productos que se elaboraban en las industrias de Alejo Peralta eran focos, foquitos, medidores, interruptores, cosas que requieren de manos hábiles y pequeñas; entonces empezó a reclutar mujeres obreras que, antes de que él llegara, no tenían ningún ingreso, ni de labores de campo. Eso vino a cambiar la composición social. Él llevaba a los políticos para que vieran lo que se estaba haciendo y lo que iba a significar para el desarrollo de la zona. De este modo él también obtuvo muchos más ingresos.

Poco a poco, el trabajo fue menor y el arquitecto De la Mora perdió interés. Yo seguí colaborando con Peralta hasta principios de la década de 1970. Fue una experiencia interesante que realmente sí me permitió un poco ejercitar mis habilidades urbanísticas –más bien de diseño urbano–, y aprendí mucho de vivienda vernácula, formas de vida y arquitectura tradicional.

Finalmente me fui separando del despacho de De la Mora, poco a poco, cuando a otros colaboradores les empezó a encargar los proyectos importantes que se estaban haciendo, como el edificio El Paseo y el hospital San Vicente, que no se concluyó, quedó en obra negra y ahora es un asilo para ancianos.

ED: Todas las mancuernas de colaboración que tuvo con otros arquitectos, ¿cómo sucedieron?

AGP: Yo casi nunca buscaba a nadie, respondía a las demandas de la gente que me conocía; no necesariamente eran mis amigos, pero me llamaban a colaborar con ellos. Les gustaba mi trabajo y me empezaban a encargar cosas. Las mejores que he hecho es gracias a gente que confió en mí en alguna manera. El arquitecto Cacho me dio muchas y me metió en muchos proyectos y muchas cosas interesantísimas, como el programa de vivienda campesina en Aguascalientes, que tristemente no fue construido.

El Centro de Convenciones para Acapulco, también. Los primeros que me llamaron fueron García Formentí y Jaime Linares, que estaban asociados. Entré, prácticamente, a encabezar el programa y el proyecto. Además, iba a todas las sesiones de revisión del proyecto con Pedro Moctezuma, que era el subsecretario de Patrimonio Nacional. Por esos años, con ellos, también participé en el centro comunitario La Zanja, también en Acapulco.

ED: ¿Qué cualidades tiene usted que no posee ninguno de los demás arquitectos de la época, para que uno decidiera ir con usted?, ¿qué es lo que sabe hacer?

AGP: Yo creo que inspiraba confianza, por alguna razón. Las cosas que hice, no es porque las supiera hacer, sino que me ponía a resolverlas y a investigar. Mi mamá fue maestra normalista y nos inculcó (a mis hermanos y a mí) a expresar nuestras ideas con claridad. Creo que mi cualidad es saber explicar las cosas con capacidad de convencimiento. Aún hoy en día me siguen llamando e involucrando en proyectos importantes. También he tenido la habilidad de la representación gráfica y en los despachos en los que colaboré, antes de la era del AutoCAD, les parecían muy llamativas mis láminas de presentación.

ED: Sobre la difusión de la arquitectura, ¿qué puede decirme?

AGP: Para mí también es importante mencionar la labor editorial, donde hice mis pininos con *Arquitectura México* y con la revista *Arquitectos de México* durante varios años. Más tarde también estuve de editor en la revista *Diseño y Sociedad* de la UAM. También conduje un programa de radio semanal sobre arquitectura y urbanismo en Radio UNAM. Me gustaba ligarme a los momentos que estaban sucediendo, traer invitados especiales, explorar temas diferentes. Hablábamos, por ejemplo, sobre la Ruta de la Amistad, de libros; una vez le dediqué un programa a los baños árabes en la época musulmana en Valencia. Hasta que comenzó la Guerra en el Golfo: entonces abordamos el tema y pues... me dieron las gracias.

ED: Del último proyecto en el que está trabajando, ¿me quiere platicar de qué se trata?

AGP: Me llamaron de la alcaldía Tlalpan para un proyecto que consiste en ordenar y regularizar las zonas que crecieron de manera irregular en ciertos asentamientos y colonias que están dentro de las zonas protegidas como reserva natural. Lo que sí es que algunos están invadiendo derechos de vías debajo de líneas de alta tensión o carecen de servicios. Nos tocó un problema difícil, pero van a ayudar a la gente de la zona. Hacemos mucha arquitectura participativa. La UAM Xochimilco es rectora del proyecto, pero también participa el Instituto de Geografía.

ED: La arquitectura participativa está en su ADN...

AGP: Algo hay de eso. Es que a mí siempre me pareció bien –desde que empecé a trabajar en proyectos chiquitos, como reparaciones de casas y ampliaciones, o mis primeras casas– dialogar con la gente que viviría ahí. Aunque empecé a hacerme de una clientela para construir residencias, a mí me llamaba el urbanismo, como a muchos de mis compañeros de generación. Sin embargo, esas primeras casas, la verdad, no me quedaron nada mal.